

Sobre violencia sexista en los movimientos sociales

La violencia sexista es un fenómeno que se manifiesta en los movimientos sociales de una manera constante y que constituye una de las formas más graves de discriminación y opresión que sufren las mujeres. Esta violencia se manifiesta tanto a nivel individual como colectivo, y puede adoptar diversas formas, desde el acoso verbal hasta el asesinato.

El estudio de la violencia sexista en los movimientos sociales es fundamental para comprender la realidad de las mujeres y para diseñar estrategias de lucha que permitan erradicar esta forma de violencia. Para ello, es necesario analizar las causas y consecuencias de la violencia sexista, así como los factores que la favorecen y los que la evitan. En este sentido, es importante tener en cuenta que la violencia sexista no es un fenómeno aislado, sino que está relacionada con otros tipos de violencia y con el sistema de opresión que existe en nuestra sociedad.

AMOR Y RESPETO, SI NO ¿QUÉ?

Se da un ambiente de malestar de género, de las que vivimos como mujeres, entre otras identidades fragmentadas..., que no cala en la estructura, en ese esqueleto, en esa red de relaciones y vivencias que formamos de alguna manera las que vivimos en la disidencia. Se da un ambiente de impotencia y de cansancio, hablamos en las esquinas, en los pasillos, en los resquicios de las asambleas... de temas que históricamente no hemos sabido afrontar colectivamente quizás porque repercute en nuestras propias identidades y nos exige una vigilancia cotidiana y eterna aunque, para ojos agudos, representa la liberación y el crecimiento, la creación de relaciones sólidas igualitarias y de verdad disidentes de la mediocridad cotidiana, de la muerte interna. Os queremos y por eso vamos a ello... esto es cómo vemos el patio en las comunidades, casas, centros sociales, colectivos, ateneos, etc...

En nuestras relaciones se da una falta de desarrollo de lo emocional, del autocuidado, del cariño y del mimo, algo característico del rol llamado femenino en esta cultura y es que nuestros espacios liberados apestan a heterológica, donde se asientan los valores de la masculinidad hegemónica... Así, se valora el hacer frente al sentir, hay poca comunicación y mucha hiperactividad (ésta te ayuda a no sentirte, a no sentir a las demás), se reproduce la dinámica del más fuerte o del más activo, la acción frente al sentimiento, los proyectos frente a las relaciones humanas, frente a las personas que son su contenido y sentido. Vivimos una sequía del sentir y de lo emocional frente al bien nutrido activismo mecánico del activista máquina. Esto

nos provoca una falta de empatía. Así, la norma autoritaria, es decir la lógica patriarcal inscrita en nuestras relaciones, nos maltrata y no sabemos defendernos, ni protegernos ni a nosotras, ni a las demás...

Como la sociedad en general, somos personas que carecemos de una sólida autoestima, y es que si no nos lo hemos currado individualmente, es la norma estar falta de amor propio, al igual que tender al consecuente relleno de este vacío a través de las estrategias de género...

Un ejemplo típico de nuestros machitos -pero no olvidemos que las estrategias son de género por lo que aunque sean adscritas socialmente a un sexo en concreto cualquiera puede asimilarlas (valga la aclaración de aquí en adelante): la dinámica de querer "follar" a toda bicha viviente, como manera inconsciente o no de nutrir la autoestima, y en cuyo acto no se desarrollan para nada lo emocional profundo; hay ganas de ligar pero no de intimar, de mimar, de comunicar; más bien es un desfogue, se concibe como un mero impulso de energía enquistada en el pene (también esto es cultura), que al soltarla se quedan agustito porque rellena ese vacío interior por un momento, mientras se cosifica al personal y se reprimen los sentimientos íntimos.

Otro ejemplo típico de nuestras damitas es el no defenderse de la violencia, entrar en relaciones de poder, autodestructivas, masoquistas, ésta es una situación usual entre nosotras, que bien lo mamamos de nuestras madres y abuelas, pero que no sólo tiene explicación por nuestra baja autoestima, sino por el vacío de estrategias de lucha contra la violencia patriarcal en nuestras

comunidades, es decir la ya mencionada falta de empatía y de autocuidado y es que todo se va cerrando queridas...

No sabemos cómo actuar frente a los hechos de violencia externos; por ejemplo, llega un tío y va baboseando a diferentes tías durante la fiesta, las jornadas... lo hace justo porque sabe que puede, porque frente a otro tipo de agresiones como fascistas, racistas, ... las sexistas tendemos a tratarlas en lo "íntimo". Comentamos con las otras personas más cercanas el hecho, previendo a éstas y dejando al colectivo desprotegido con el muerto. O creamos rumores de tanto hablarlo entre nosotras, que no nos protegen y que no resuelven el problema porque no se dirigen a la persona que acosa, que es sobre la que hay que actuar. También está la inercia de desprenderse físicamente del baboso, sin pedir responsabilidades, sin abrir una discusión para aclarar el hecho y tomar medidas de responsabilidad y actuación colectiva. En resumen, tenderemos a evitarle y él tan pancho. De forma inconsciente quizás se tiende a "normalizarle", tú evitas el conflicto y si pretendes abrirlo, saltarán voces conciliadoras "está borracho", "pasa de él", "está en un mal momento" o "es su carácter", nadie quiere mal rollito, y seguimos en las mismas...

Funcionamos con la misma lógica frente a los hechos de violencia internos, por ejemplo, ante personas que se imponen por sistema sobre otras, pero que se concibe como parte de su carácter, carisma... También, y de gran importancia, las relaciones de violencia entre "compañeras sentimentales", que no faltan, y que llegan a extremos de torturas psicológicas y físicas. Si no lo ves abre los ojos, porque nacen de nuestro silencio.

Estas dinámicas se legitiman en torno al concepto de lo personal, lo íntimo individual, lo privado... que enmascara nuestras relaciones de su carácter político, social y colectivo... bajo esta trampa legitimamos la violencia y explotación que se da entre nosotras... Nos defendemos frente a las agresiones del sistema social que nos rodea pero reproducimos en nuestros ambientes su mentalidad legitimando nuestra autoexplotación. Aquí entra la deconstrucción del concepto de amor y un replanteamiento de nuestras relaciones en general.

Queremos relaciones igualitarias, el resto es dar fuelle al patriarcado, y las tendremos a través del autocuidado y la empatía (nos repetimos), si tuviésemos cuidado de nuestras compas, en la fiesta, en la asamblea, en el día a día, esto no ocurriría, porque la gente estaría protegida naturalmente por sus compas y la situación de violencia o la actitud autoritaria no pasaría de una, porque ahí se cortarían. En el caso del acoso, hecha una, finito. Y en el caso de las relaciones de poder o de las relaciones de explotación o de violencia entre "parejas", hemos de dejar de mirar a otro lado, hemos de autoprotegernos, reafirmar el bienestar de nuestras compas y enfrentar los conflictos cuando los halla. Una relación de violencia, no se normaliza si hay compas cerca que muestren el sin sentido, que acompañen y protejan. No sentirse sola es indispensable para no ser sometida, para no caer en el vacío, en la soledad del que emergen y que crean este tipo de relaciones destructivas.

Yo recuerdo estar en una relación de violencia y nadie nunca me pregunto cómo me iba, cómo me sentía, nadie me tendió un cable, nadie me dio un empujoncito para sacarme de esa locura, estaba

rodeada de gente, pero en lo "íntimo" nadie metió la nariz, y yo por supuesto estaba asustada y avergonzada como para hacerlo yo, el salto me era demasiado grande... Tenemos en nuestro corazón las garras del patriarcado, si no nos ayudamos entre nosotras, estamos muertas, nos hemos de proteger, entre todas podemos quitarnos su lógica de la cabeza y el corazón.

Y es que estamos construidas para ver a la otra persona con desconfianza, creamos distancias entre nosotras, miedos, vergüenzas que nos hacen perder un mundo. Yo desde mi experiencia de género femenino siento a veces como es más fácil entablar relación con tíos que con tías, igual porque suelen haber más tíos en los ambientes alternativos, pero creo más bien que es porque suelen llevar un rol más dinámico y extrovertido, sin tapujos, aunque también debemos tener en cuenta el tema de ligar. Ante esta idea una sabia compa me dijo: "claro que es más fácil tener relaciones con los tíos que con las tías, es más duro con ellas, pero merece la pena hacer el esfuerzo..."; también cabe preguntarse por qué ellas están un paso atrás en este sentido, por qué no nos entramos las unas a las otras con tanta facilidad e interés.

Por otro lado, hay un fenómeno curioso y es que a la larga, con las que profundizas más es con ellas, las que abren sus sentimientos y enseguida empatizas; con ellos es algo más superficial y de acción o conocimiento, no de sentimiento o identidad (hablo de pautas heteros, básicamente). Esta abertura te permite entrar en las problemáticas de las otras, porque las comparten. Así, por ejemplo, pasa que llegas a unos encuentros y haces amistad con la peña de la

casa; entre ellas y ellos los contenidos son diferentes; si estás abierta e interesada algunas de las demás mujeres se te abren respecto a las problemáticas de género: “nos sucede esto... lo otro, vivimos este problema...”. Nosotras hablamos de nuestras relaciones cotidianas, de las dinámicas de género, ellos no dicen nada o tienden a verlo como problemáticas individuales, sienten que no les afecta. Nosotras sufrimos las consecuencias de no romper con la heterorealidad, y ellos dicen que son conscientes pero no las sufren in situ. Nadie sabe qué hacer, cómo crear la ruptura, cómo superarlo. Creo que parte del problema está en que nosotras no priorizamos nuestros sentimientos y nos dejamos llevar por las dinámicas mayoritarias (masculinas) de las casas, colectivos... mientras hagamos esto seguiremos sin resolver las cuestiones, porque quedan en segundo plano, sin cauce de resolución. Que se pare el mundo, ni un paso más sin resolver el contenido de nuestras relaciones, sino para mí ningún proyecto tiene sentido porque está vacío de contenido.

Las diferentes subjetividades entre los géneros, que como explico, están implicando para mí un problema práctico, pueden conllevar a una fuga de heterosexuales sensibles, trans, bolleras, maricas y otros personajes no heteronormativos, de nuestros “espacios disidentes”, hacia lugares realmente liberados, que por lo visto están por crear... porque nos aburriríamos y sobre todo, porque no nos sentimos seguras y queremos ser libres... Propongo que se abran los ojos y se empiece a concebir nuestro autoritarismo interno como asunto de todas. Éste implica agresiones de todo tipo: los abusos de poder en las asambleas por l@s carismátic@s o históric@s de turno, ante esto cabe replantear nuestras dinámicas asamblearias: quién habla, de qué se

habla, quién decide, a quién se escucha... Los machaques entre compas emparejadas, colectivícemos el autocuidado, ¡mete tus narices en las relaciones de las demás!, responsabilízate del cuidado de tus compas. Las agresiones en las fiestas, piensa que un baboso suelto no tiene espacio en nuestra casa, un baboso es alguien que se impone sobre las demás ¿dónde está el límite?, el límite del patriarca es tu muerte, actúa!. Crea medios cotidianos de expresión y actuación contra las agresiones.

Hagamos públicas las problemáticas de género, hagamos colectivos nuestros sentimientos, dediquemos asambleas cotidianamente para hablar de nuestro sentir, de nuestros miedos, malos rollos, incomunicaciones interpersonales y colectivas, dediquémonos tiempo para decirnos con respeto y sin juzgar, lo que vemos feo y lo que vemos lindo en las demás, aprendes, te lo digo, tanto como una recién nacida y rompes dinámicas de muerte que, si no se externalizan, nos acaban pareciendo naturales.

Salut, amor y respeto!

animalhada@yahoo.es

¿Quién teme a los procesos colectivos?

Apuntes críticos sobre la gestión de la violencia de género en los movimientos sociales

El discurso contra la violencia hacia las mujeres forma parte implícita y también explícita del discurso político general. La violencia machista es rechazada por el conjunto de la sociedad y todo el mundo parece reconocer que es un problema político de primer orden. Por supuesto, también los movimientos sociales recogen estos planteamientos y muestran abiertamente su propio discurso *antisexista*. Hasta aquí perfecto.

Os preguntaréis por qué estamos escribiendo este texto... Nosotras nos preguntamos por qué hay tantas agresiones dentro de los movimientos sociales y por qué tanta incapacidad para gestionarlas colectivamente. Nos preocupa el nivel de tolerancia que hay en los espacios políticos ante las agresiones y la naturalización/normalización de ciertas formas de violencia. Nos inquieta la incongruencia entre discurso y práctica y la falta absoluta de sensibilidad al respecto; lo que demuestra que es un tema de cuarta, si es que llega a considerarse como tema. Nos enfurece que dentro de los movimientos sociales actuemos como si nos hubiésemos creído lo de que las cuestiones que plantea el feminismo ya fueron asumidas por tod*s y por tanto, ya están superadas y son repetitivas e innecesarias. Y ello a pesar de que reivindicaciones básicas de hace más de un cuarto de siglo siguen aún en el tintero, y cuando las mujeres de todo el mundo sufrimos discriminación, abusos y control de distinto tipo que coartan la libertad de expresión, de pensamiento, la libertad sexual y de movimiento. No solo eso, en el contexto de Barcelona hay un retroceso en las prácticas colectivas y en el discurso respecto a un pasado no tan lejano, hecho sintomático de que apenas quedan grupos feministas, lo que demuestra que, una vez más, eran solo las mujeres las que se ocupaban de la violencia. Este retroceso en las prácticas colectivas no es un problema de los *4 babasos de turno*, hablamos de un problema estructural y de una cuestión de responsabilidad colectiva.

Sin embargo, existe una gran resistencia a identificar lo obvio, a calificar como tal las múltiples caras de la violencia contra las mujeres, así como para detectar los casos que pueden ser incluidos bajo ese nombre; este es un magnífico mecanismo para *nadar y guardar la ropa*, del tipo "la violencia está muy mal, pero esto *justamente no es violencia*".

La violencia estructural contra las mujeres no es un concepto abstracto propio de los libros, ni una cosa de la vida de *los otros*, ajeno a nuestro micromundo en los movimientos sociales. La violencia estructural no son los cuatro abusos concretos en boca de todo el mundo, ni la suma infinita de agresiones que cada una puede constatar haber sufrido. Tampoco son aquellas acciones perpetradas por monstruos que vejan y apuñalan. El iceberg no sólo es punta.

Estamos hablando de pautas generalizadas de dominación que atraviesan la experiencia de ser mujer y todas las esferas de la cotidianidad: las relaciones personales, la percepción y el uso del espacio público, el trabajo, la autoridad reconocida, la percepción de los propios derechos o la ausencia de ellos, la relación con el propio cuerpo y la sexualidad, y así un largo etcétera.

La violencia estructural es un mecanismo de control sobre las mujeres, pero no solo como forma extrema, amenaza de castigo omnipresente que necesita ser provocada o desencadenada, sino que es una forma de relación normalizada y naturalizada y que por lo tanto puede ser ejercida sin necesidad de justificación.

Pero no estamos haciendo una disertación teórica, hablemos de casos concretos. En el último año han habido, dentro de los movimientos sociales, numerosas agresiones hacia mujeres: agresiones en el seno de la pareja, violencia psicológica en la convivencia y agresiones físicas y sexuales dentro de un espacio político..., en las que en ningún caso el agresor ha recibido respuesta alguna. En otro caso reciente dentro del contexto político de Barcelona, una mujer de nuestro colectivo ha sufrido una violación en su propia casa por un habitante de la misma, que es uno entre tantos. Dicho sujeto se pasea tranquilo durante semanas, ajeno a cualquier movimiento que se pudiera estar cocinando por parte de ella, pues -angelito- ni siquiera era consciente de haber hecho nada malo... Pero se equivocaba. Ella

quiso hacerlo público y plantearlo en un gran colectivo, con él presente, proponiendo su marcha inmediata. No solo porque lo ocurrido es una agresión hacia ella, sino porque es una cuestión política y colectiva de primer orden. Y este colectivo toma la decisión de que dicho sujeto ha de irse de la casa por una cuestión colectiva y política.

Nosotras valoramos positivamente una cosa, y es que hace mucho, mucho tiempo que no veíamos reaccionar así a una mujer, ni a un colectivo, teniendo en cuenta las dificultades y los obstáculos que habitual y sistemáticamente encontramos para gestionar grupalmente estas situaciones. En un inicio, nos sentimos muy satisfechas de que esta agresión no hubiera sido silenciada como tantas otras y obtuviera una respuesta. En este sentido, este caso es una excepción. Sin embargo, a partir de aquí sucedieron muchas cosas, cambios de discurso, de posiciones y decisiones. Con el paso del tiempo, lo que en un inicio fue considerado político terminó relegado al terreno de los conflictos personales. Siete meses después, se tomó la decisión de que el sujeto regresara a los espacios públicos de la casa, que funcionan como centro social. Más allá de esta cuestionable decisión, lo que nos parece grave es el proceso por el cual se llega a este resultado, en definitiva semejante a tantos otros.

Que los grupos (aunque una minoría) traten de buscar una respuesta ante los casos de violencia que se producen en su seno supone un paso hacia delante en la reflexión, la gestión colectiva y la erradicación de la violencia. Pero notamos que en líneas generales, y a causa de la falta de profundidad y sensibilidad a la que nos referíamos, las respuestas que suelen darse desde colectivos mixtos, a nuestro entender, ni se acercan a los mínimos exigibles, y a menudo sufren de algunos problemas de base que desvirtúan el proceso. Hablaremos aquí de tres de ellos que nos parecen particularmente graves:

• El primero, más recurrente y más influenciado por el trato *mainstream* de la materia, es el darle a los casos de violencia contra las mujeres un trato de problema privado y personal, a ser resuelto entre dos. Cuando lo que es denunciado como agresión se afronta como una cuestión personal donde intervienen emociones, o se lee como un asunto turbio donde no hay una verdad, sino dos

experiencias muy distintas de una misma situación confusa, etc., entonces, perdemos la posibilidad de intervenir políticamente, que es al fin de lo que se trata cuando hablamos de violencia machista.

Hay incluso formas de trasladar el asunto a un plano personal dentro de una gestión colectiva. Por ejemplo, cuando se plantea cualquier trabajo del colectivo como hecho por y para la "víctima", en vez de una tarea que el colectivo necesita para sí; cuando la intervención del grupo se plantea como una forma de mediación entre las "partes afectadas"; o cuando se define el problema como un asunto particular del colectivo a ser resuelto de puertas adentro, o lo que es lo mismo, la versión grupal de los *trapos sucios* se lavan en casa. Es decir, colectivizar no es condición suficiente para hacer política.

Cuando tomamos decisiones o posicionamientos políticos, siempre está la posibilidad de recibir críticas y entrar en discusiones. De hecho son muchos los debates que siguen abiertos dentro de los movimientos sociales en Barcelona. Pero resulta que ante las situaciones de gestión colectiva de violencia contra mujeres, se levantan murallas contra las opiniones, críticas y planteamientos externos; se intenta mantener a toda costa fuera del debate colectivo. ¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué tanto miedo al debate? ¿No será fobia enfermiza a las feministas? ¿O es que ni siquiera le estamos dando la categoría de asunto político?

• El segundo problema de la gestión de los colectivos no feministas de casos de violencia contra las mujeres consiste en trabajar a partir del engafioso esquema *víctima-agresor*, propio de la crónica de sucesos. De acuerdo con éste, hay un agresor, que es el *hombre malo*, el *monstruo*, la *excepción*; y una *víctima*, la que necesita auxilio. Cuando el que tiene que ocupar el primer papel es un colega o compañero, tenemos muchos problemas para "colgarle la etiqueta", y miedo a "demonizarlo", porque además este esquema se plantea como un juicio integral sobre la persona. Pero, llamemos a las cosas por su nombre: agresión es lo que describe el hecho, agresor es el que la comete. Hacer esto no debería ser un obstáculo insalvable ni tampoco una opción reduccionista que niegue otras facetas que pueda tener una persona. Los eufemismos y relativismos son un atajo lingüístico para que el entorno del agresor y él mismo se sientan más cómodos con el relato de los hechos, pero por eso mismo no ayuda a

cambiar ni la realidad de la convivencia ni la conciencia respecto a los hechos.

Por el miedo a llamar a las cosas por su nombre pretendemos encontrar "otras explicaciones" o incluso justificaciones, del tipo "estaba borracho/drogado", "ella se estaba insinuando, o se lo estaba buscando", y también a cuestionar el grado de responsabilidad del agresor sobre sus actos, y así un largo etcétera. Como consecuencia de la inoperancia del esquema, solemos perdernos en juicios pormenorizados de los sucesos, como si ahí residiera la solución. Se traslada la discusión a factores externos o a detalles morbosos de los hechos en vez de abordarlo desde la comprensión de lo estructural de la violencia contra las mujeres y la necesidad de conservar una tensión y atención constantes para no reproducirla. Si no, ¿por qué cuando el caso concreto nos toca de cerca, los principios que en otras circunstancias serían incuestionables se desvanecen?

El segundo papel dentro de este esquema se le atribuye a la mujer agredida, con lo que se la sitúa en una posición de incapacidad: todo lo que diga o haga la "víctima" será leído en clave de reacción emocional, nerviosismo, impulsividad e indefensión. Las actitudes paternalistas y proteccionistas hacia la que ocupa el rol de víctima obstaculizan su participación en plano de igualdad en el proceso colectivo.

Entonces, reconocer la estructuralidad de la violencia machista es empezar a crear las condiciones necesarias para evitarla, y en último lugar responsabilizarnos cuando sucede en nuestro entorno. Pero a menudo esto no se da porque asumir esa responsabilidad es abrirle la puerta a la posibilidad de reconocernos en los zapatos del agresor, lo que da pie a lamentables estrategias de corporativismo masculino, en el que los compañeros guardan silencio por miedo a que sus cabezas rueden junto a la del que está siendo señalado abiertamente en ese momento.

• Por último, en la práctica de la gestión colectiva de agresiones contra mujeres encontramos una jerarquización de intereses tácita, y en consecuencia una subordinación de todo lo referente a nosotras. Cuando lo que se prioriza por encima de todo es el consenso, en un grupo donde más de la mitad no tienen siquiera una reflexión propia

previa y cuyo discurso pasa por simplificaciones precocinadas propias de cualquier telediario, y además estas opiniones se ponen a la misma altura que discursos fundamentados y sensibilidades desarrolladas a partir de un trabajo previo, entonces, nos dejamos arrastrar por la tiranía de lo mediocre, que conseguirá desvirtuar los argumentos y rebajar el discurso a un nivel de mínimos. Encadenar palabras grandilocuentes no significa articular un pensamiento elaborado.

Sucede que, para empezar, sólo hay una decisión política posible, y es que el agresor desaparezca de todos los espacios comunes, sin medias tintas. Pero la priorización del consenso por miedo al conflicto también implica que, ante el reto de tomar una posición política como colectivo, no habrá lugar para distintas posturas que son irreconciliables y excluyentes entre sí alrededor de esta decisión, por muy bien o mal argumentadas que estén. Intentar consensuarlas nos lleva irremediablemente a puntos muertos de estancamiento sin poder llegar siquiera a estos mínimos

El consenso aquí expuesto cumple dos funciones: mantener cierta cohesión en el grupo y dar una ilusión de legitimidad a las decisiones. Ante el riesgo de conflicto se agudizan los roles de género preestablecidos, que para las mujeres significa cumplir el papel de mediar, pacificar, comprender. Paradójicamente nos encontramos con que otras mujeres actúan priorizando la unidad del colectivo y el consenso mediocre, como si la agresión a una de nosotras no fuera en realidad problema de todas. Esto es a su vez pone de manifiesto lo arraigadas que están las formas heteronormativas en nuestro hacer: la definición de lo que es público y político se hace de acuerdo con los cánones del universal masculino, y así las mujeres asumimos discursos contruidos en esa clave y puestos en el centro bajo esa lógica y dejamos de politizar cuestiones que nos afectan por no aburrir o dar la nota, perpetuando la necesidad de aprobación de la mirada masculina y las formas de relación entre sexos. Otra vez nos vendieron la moto y nos dedicamos a cooperar para que nada cambie.

En definitiva, ¿qué vamos a hacer al respecto de todo lo expuesto? Lo peor del sexismo se reproduce en los movimientos sociales, pero no estamos asumiendo las responsabilidades colectivas para hacer

una gestión adecuada de la violencia de género. Como vienen diciendo las feministas desde hace décadas, es necesario hacer políticas las cuestiones que nos afectan a las mujeres, y no solo de palabra ni como coetilla. Si apostamos por los colectivos mixtos, coloquemos dichas cuestiones en el centro dándoles la importancia que tienen. Y es evidente, pues, la necesidad de espacios no mixtos y colectivos feministas, así como de recoger el trabajo y las aportaciones que estos grupos vienen haciendo.

Para finalizar, los colectivos que asumen gestionar una situación de violencia de género han de hacer público su posicionamiento y permitir el debate para que sirva de precedente y que así se produzca una acumulación de experiencias (no partir siempre de cero). De lo contrario, estamos privatizando, restando trascendencia y practicando pseudo política de auto consumo.

LasAfinés

Aportaciones y comentarios a:
lasafines@hotmail.com

ROMPIENDO IMAGINARIOS: MALTRATADORES POLÍTICAMENTE CORRECTOS.

Barbara Biglia, Conchi San Martín.

El imaginario creado entorno a los maltratadores se constituye como un mito que los perfila como seres irascibles, toscos, con problemas de drogas o alcohol, de bajo nivel educativo, ignorantes, violentos con todo el mundo, faltos de habilidades sociales, trastocados, fracasados y/o que han recibido maltrato de niños; sujetos más allá de la bienpensante normalidad. Así las cosas, las mujeres que inician una relación con ellos, deberían saber o por lo menos intuir lo que les va a tocar aguantar, por lo tanto son parcialmente responsables de su propio maltrato (San Martín en este volumen).

El trabajo de asociaciones de ayuda mutua y de grupos feministas de diferentes partes del planeta (Tamaia; Soriano en este volumen) ha conseguido, por lo general, desenmascarar esta visión. Gracias a esto, hoy en día, el mantener esta caracterización del maltratador en los análisis teóricos o políticos está mal considerado y puede ser leído como sinónimo de ignorancia y atraso cultural. Sin embargo, esta imagen sigue persistiendo constituyéndose en una realidad que circula en lo cotidiano. Esto conlleva que , por ejemplo, cuando sabemos que alguien conocido y respetado ha maltratado a su pareja, de manera casi instantánea nos surge la necesidad de justificar, explicar...tranquilizarnos pensando que fue tal vez un rapto de locura lo que le pudo haber llevado a perder el control, que la agredida de alguna manera desencadenó la ira o no supo prever la reacción...

La presentación desde los medios de comunicación de las noticias de malos tratos (Nadali, Gordo López en este volumen) casi siempre está acompañada de un apoyo en los testimonios de los vecinos que ofrecen, también casi siempre, la misma visión: nadie podía sospechar nada del agresor pues se trataba de una persona agradable, trabajadora, simpática, educada, respetable y toda una larga serie de epítetos para definir un sujeto "perfectamente normal" que ha, inexplicablemente, enfermado. La incredulidad y sorpresa de estos testimonios muestra cómo, aunque las investigaciones hayan demostrado con claridad que no hay patrones que aúnen a los maltratadores, en nuestro día a día nos resistimos a creer esta realidad

y mantenemos el imaginario del monstruo y de la mujer desamparada.

Contemporáneamente, desde los ámbitos politizados, ya sea desde partidos o grupos de izquierda como desde Movimientos Sociales (MS), aparece otro imaginario muy poco analizado: el creer que en el fondo los maltratadores son unos reaccionarios y sus compañeras mujeres débiles y sin apoyo social. Esto comporta que, desde los ámbitos activistas y/o de extremas izquierdas, en los que la igualdad de género es teóricamente deseada y llevada a la práctica (sobre la persistencia de las discriminaciones en estos ámbitos: Biglia, 2003), nos sintamos de algún modo inmunes o protegidas. Desafortunadamente, a raíz de nuestra experiencia personal, de años de debates en colectivos feministas autónomos de diferentes partes del mundo así como de charlas y tertulias informales con amigas/activistas, encontramos que este mito es completamente falso. Así lo apoyan también las informaciones recogidas en el trabajo de tesis de Bárbara: el 17,9% de activistas de movimientos sociales que respondieron a un cuestionario en red afirmaban que en espacios de movimiento se verifican episodios de abuso (de forma no aislada o en situaciones de borrachera-desfase) y otro 26,4%, afirmaban que situaciones de este tipo se producen en casos aislados o por parte de gente de un entorno más amplio (Biglia, 2006). Otro ejemplo lo tenemos a partir del testimonio de activistas chilenas que denuncian como algunos compañeros de la guerrilla antipinochetista descargan hoy su agresividad martirizando a sus compañeras:

"Yo creo que el hombre en el tiempo de la dictadura fue sumamente combativo y otra cosa que durante la dictadura el problema era Pinochet y todo su aparato represivo, además en tiempo de dictadura aquí en Chile como que no habían otros problemas, como que el único problema que había era Pinochet y producto de Pinochet la pobreza, la sesantía, (además que no se hablaba) y este tipo de cosas me entiendes, y llega la democracia y tu te das cuenta que un excelente dirigente es una mierda en su casa, golpea a su mujer, abusa de niños sexualmente" (GRICH).

Los ejemplos podrían ser muchos y todos tristemente idénticos a sí mismos.

Creemos que los motivos que llevan a algunos activistas a ser violentos con sus compañeras son los mismos que se dan en otros ámbitos, así que no nos interesa de modo particular lo que pasa en la cabeza de estos "supermilitantes" maltratadores ni tampoco como pueden vivir en la contradicción de una actitud pública perfectamente

politically correct y una realidad de violencia privada impresionante. Lo que si queremos empezar a investigar son las características peculiares de implementación y justificación de estas situaciones pues creemos que la posibilidad de que estos actos se sigan perpetrando, y con frecuencia impunemente, es responsabilidad de todas nosotras. Como subraya en un comunicado "La Asamblea delle compagne feminista di Roma" (2000) en respuesta a un abuso sexual y que, a nuestro entender, podría fácilmente ser ampliado a cualquier situación de violencia de género y/o abuso:

"No sólo es cómplice quien defiende explícitamente al violador sino también quien, hombre o mujer, fomentando dudas, difundiendo voces, deslegitimando la palabra de las mujeres, crea un clima en el que los violadores siguen manteniendo la libertad de moverse tranquilos por la ciudad.

Cómplice es también quien en nombre de la 'razón de Estado' y de la prioridad de la Política deja intactas e inalteradas las condiciones, los lugares, las dinámicas en las que la violación ha ocurrido.

[...]Cómplice es también quien transforma la violación ocurrida tras los muros domésticos, en una simple 'falta de tacto' de un hombre hacia una mujer particularmente sensible o, en la regla de un ámbito privado en el que cualquier límite esta en suspenso"

En este contexto la segunda afirmación resulta particularmente relevante en cuanto muestra cómo todavía cuesta enormemente que la lucha, en lo teórico y en lo práctico, contra las discriminaciones y violencias de género se considere en la agenda de los MS como elemento político importante. Al situarse/ser situadas en lo supuestamente privado de las relaciones, adquieren un valor subsidiario frente a la Política de los espacios públicos. Un elemento, como mucho a ser tratado por "las feministas" como dice Micaela (España),

"Cuando hay un colectivo de mujeres [...] todo lo que tiene que ver con el sexismo se deja en manos del colectivo [...] y el resto del mundo no tiene que preocuparse de nada porque ya lo harán ellas, entonces a la gente que en el fondo menos le cala y menos le interesa esto del sexismo y del feminismo [...] entonces le viene muy bien porque en su movimiento hay una imagen 'porque mi movimiento también es feminista porque están éstas para presentarla

delante cuando haga falta' y el resto de las cosas pues se quedan igual que antes".

Por tanto, nos interesa empezar a pensar, sin ánimo de contestar de manera completa, en torno a éstas preguntas: ¿Por qué es tan complicado darnos cuenta de los maltratos que ocurren a nuestro alrededor? ¿Cuáles son las dinámicas y procesos que permiten impunemente mantener una doble faceta de encantadores y maltratadores? ¿Por qué las mujeres feministas no son capaces de dejar estos tipos y hacer conocer a las demás la realidad de su vida privada? ¿Por qué las mujeres feministas no son capaces de dejar estos tipos y hacer conocer a las demás la realidad de su vida privada? ¿Por qué si ellas empiezan a hablar son pocas las que están dispuestas a escucharlas y creerles? Escribimos este texto a sabiendas de las críticas y polémicas que traerá consigo pero con la esperanza de que estas simples reflexiones, sirvan de estímulo para el debate y como primer punto de apoyo para compañeras que estén pasando por esta experiencia. Dedicamos así estas líneas a todas aquellas que han conseguido salir de situaciones de violencias de género, a todas las que las han ayudado y, por supuesto, a aquéllas que aún no han encontrado suficientes fuerzas y apoyo para hacerlo.

El mito macho y la cohesión de grupo

[¿Cómo podría un movimiento "movilizarse como una fuerza política transformadora si no comienza interrogándose acerca de los valores y las normas internamente asumidos que pueden legitimar la dominación y la desigualdad neutralizando 'diferencias' particulares? (Brah A. 2004:122)

En primer lugar queremos remarcar cómo, desafortunadamente, aún en muchos ámbitos del activismo el imaginario del 'buen militante' toma un carácter casi caricaturesco en algunas figuras prototipo (Subbuswamy, Patel, 2001). De una parte tenemos una representación extremadamente parecida a la que del mismo dan los medios de comunicación: "joven hombre blanco con capucha negra con propensión a la violencia" (Allred, 2000). Sus características serían la fuerza, la intrepidez, la decisión, la osadía y, sobre todo, como dice *Silvia (Italia)* la capacidad de esconder todas sus pasibles

contradicciones. Por otra parte encontramos el tipo intelectual, que se muestra como alguien con un buen bagaje de conocimientos teóricos (o por lo menos una facilidad en aparentarlos), una fuerte capacidad de convicción, dotes organizativas y de mando, y tendencia al liderazgo. Aunque 'este modelo' tiene actitudes más sofisticadas sigue manteniendo dotes de masculinidad clásica (Jonquera en éste volumen), podríamos decir que mientras los primeros se acercan más a la idea normativizada de masculinidad de clase social baja estos últimos serían más parecidos a los varones aristócratas, más refinados pero no menos peligrosos en sus actitudes machistas.

A nuestro entender, la asunción de ambos roles enmarcados en los canales de la masculinidad normativizada puede desembocar en situaciones de maltrato, en su vertiente más física o más intelectualizada. De manera física con palizas o intentos de violaciones (o baboseos) -ocasionales o continuos-. De manera 'invisible' con la creación de una relación de dependencia, interiorizando a las compañeras y 'haciéndoles creer' que sin ellas no son absolutamente nadie (para un testimonio en este sentido: Nopper, 2005).

Pero hay más, las situaciones de maltrato pueden ser de difícil reconocimiento cuando su 'protagonista' no corresponde al imaginario del maltratador; así por ejemplo nos lo muestra la campaña por parte de la *Association contre les Violences faites aux femmes au travail* (<http://www.avf.org>) en contra de un profesor universitario profeminista que sigue ejerciendo sin problemas a pesar de varias denuncias de acoso a sus alumnas y colaboradoras. Por otra parte los grupos de activistas están y/o se sienten frecuentemente amenazados desde el exterior y como estrategia de defensa pueden intentar buscar una cohesión interna que pasa, con demasiada frecuencia, por una identificación identitaria y una reducción de las posibilidades de poner en duda cualquier dinámica interna de discriminación (Aufelbaum, 1989; Biglia, 2003). Bajo estas circunstancias puede que haya resistencias a reconocer la existencia de maltrato por parte de un activista en cuanto ello podría convertir al grupo minorizado en blanco de críticas de otros espacios externos. Probablemente a este tipo de lógica responde, por lo menos en parte, el vergonzoso desenlace en torno al homicidio de Hélène Legotien pro parte de Alghusser (Rendueles en este volumen).

Finalmente el maltratador se puede amparar y justificar en nombre del peligro (real o imaginario) que conlleva su activismo, de la represión que está recibiendo, que ha recibido (como en el caso de

los activistas chilenos citados anteriormente) o podría recibir, o del estrés de su posición de súper héroe, etc. Elementos utilizados para justificar sus ataques, para reivindicar/exigir un cuidado omnicomprendivo (ya que ponen tanto de sí en la lucha necesitan el 'descanso del guerrero') o finalmente para acusar (expresamente o de manera latente) de connivencia con el sistema represor a aquellas mujeres que no quieren prestarle estos servicios, se quejen de los malos tratos o intenten denunciar la situación.

Digamos que el maltratador encuentra razones para su justificación pero ¿Qué ocurre con el entorno? ¿Cómo se perciben estas dinámicas? Este testimonio¹, deja constancia de la dificultad de reconocer estas dinámicas a partir de su experiencia como mujer maltratada y como activista en el mismo grupo donde estaba su pareja:

"Tuve una larga relación de maltrato con un militante heroico, seductor, con carisma. Conseguía que cualquier crítica interna se convirtiera en un ataque a la causa, pero ¿Cómo cuestionar a quién constantemente nos demostraba que se dejaba la piel en el intento, en la lucha? ¿cómo cuestionar a quién parecía tener la experiencia y la lucidez como para guiar al resto? Así se daba el cambiazto mortal: el que criticaba era culpable, la 'gracia' estaba en que llegara a sentirse así. Se devolvía en una carambola de espejo el cuestionamiento hacia el otro, siempre más frágil, siempre menos valiente, menos heroico, menos comprometido, más egoísta... Esta persona se dedicaba a atacar, en esa técnica de atacar sin que lo parezca a las mujeres ¿quién iba a creer (entre ellas yo misma) que esa persona fuera un maltratador?"

Así criticar a un 'buen compañero' tiene con frecuencia la contrapartida de recibir la acusación de estar haciendo el juego al sistema y de no entender que hay problemáticas más importantes a afrontar y las mujeres que se han atrevido a esto son acalladas, ridiculizadas, ignoradas, excluidas cuando no amenazadas y acusadas de ser cómplices de los adversarios políticos.

Hace pocos años presenciamos un caso de este tipo en Catalunya. Cuando una activista explicó su situación de maltrato por parte de su excompañero, un reconocido activista, la respuesta generalizada fue de fuerte escepticismo. Dentro del movimiento se crearon enfrentamientos entre 'una parte' y 'otra' (quienes creían y apoyaban

¹ Testimonio recolectado por las autoras en una charla privada con una compañera y amiga (2005).

a ella y quienes creían y apoyaban a él) y, tal vez lo peor: algunas de las personas se posicionaron sólo por lo que habían oído decir o por proximidad política con el/la activista en cuestión. Hablando con algunas de las mujeres que apoyaron a la activista 'denunciante' nos comentaban la sensación de tristeza, de soledad y de rabia al ver cómo personas con las que habían compartido años de militancia antifascista, anticapitalista, autogestionada, etc... se podían mostrar tan cerradas e inflexibles cuando los discriminadores eran sus propios amigos.

Es obvio que, especialmente cuando conocemos a las personas implicadas en una situación de este tipo, mantengamos una cierta precaución antes de formarnos una idea precisa sobre los hechos. Pero nos parece que tal vez las precauciones hacia el 'supuesto maltratador' son desmesuradas en comparación con otras situaciones. De hecho, por ejemplo, en el caso de que alguien haya público el haber recibido una paliza por parte de otros por divergencias políticas, nadie pondrá en duda que esto haya ocurrido y la persona no deberá explicar miles de veces todos los particulares del evento en correcta y precisa sucesión, ni justificar si el puñetazo recibido se puede considerar violencia. En cambio en el caso de que una activista sea maltratada por un activista se desarrolla un fenómeno cuando menos curioso: la mujer que se atreve a 'denunciar públicamente' antes de poder 'demostrar la culpabilidad' de la otra persona debe primero defenderse de la acusación de mentirosa, rencorosa e histérica (y aun así no siempre funciona como por ejemplo nos detalla Rendueles en este mismo volumen). Con frecuencia hemos oído comentarios del tipo 'si fuera verdad y ella no tuviera nada que esconder vendría aquí al colectivo a explicarnos exactamente lo que ha pasado; mejor podrían venir los dos así con la confrontación sabríamos quién tiene razón' que muestran una clara insensibilidad hacia las dolorosas dinámicas del maltrato y las dificultades para superarlas. Nadie se plantearía por ejemplo el obligar a un compañero que ah sido torturado y/o violado por algún organismo represor a contar con pelos y señales lo ocurrido delante de todos los grupos a los que se pide la participación en una campaña de denuncia-solidaria. Esta doble moral hace suponer tres cosas, la primera que es fácil reconocer los errores de 'los enemigos' per que la protección del 'nosotros' resulta aun muy fuerte, la segunda que todavía las palabras de las compañeras tienen menos credibilidad de las de los compañeros y la tercera que el maltrato aún se percibe como una experiencia personal en los espacios privados y no como

parte de un proceso político. Cuando además los malos tratos son de tipo psicológico, la situación se complica por la imposibilidad de 'probar' lo que ha pasado: no hay marcas físicas y se trata de situaciones de abuso sutil cuyo resumen las vacía de sus matices más cruentos, y devastadores. Así concordamos con las palabras que provienen de la Eskalera karakola (Sin fecha) pro parte de una excompañera del CSO El Laboratorio (de Madrid):

"Otro salto que hay que hacer posible es la atención a la mujer que ha sufrido la agresión [...] Primero, para entender y aprender sobre cómo se experimenta la agresión [...] y no tener miedo al intercambio y al fantasma del morbo. Cuando se producen agresiones hay que crear grupos de apoyo, de intermediación y seguimiento porque una vez ocurrida la agresión, quien la sufre sigue circulando por ahí y tiene mucho que digerir. Nada de invisibilizar sino saber, conocer cómo se siente la agredida, cómo define la violencia y actúa en su contra, contra la violencia del momento y contra la de los momentos posteriores. Enganchar con el ritmo y las exigencias de quien la vive"

En este sentido, un intento de encarar esta problemática reconociendo que aún tenemos mucho por aprender (lo que es un buen principio) son las recomendaciones por parte de la red Activista People Global Action Europe (PGA, 2005) ante situaciones de malos tratos dentro de los colectivos.

Yo, mujer fuerte: Sola entre muchas.

Otra imagen a derrumbar para una superación de los malos tratos dentro de los grupos activistas es la de que una mujer, para ser feminista o para ser no sexista, debe haber superado todas las limitaciones de una cultura heteropatriarcal; que una mujer liberada tiene que parecerse al estereotipo del hombre blanco moderno: independiente, fuerte, activa, segura de sí y, además en el caso de las militantes, exenta de contradicciones (para un testimonio: Anónima, 2004). Este imaginario lleva a activistas maltratadas a tener extremas dificultades en reconocer su dependencia de un hombre y su poca fuerza para salir de una situación abusiva. Así por ejemplo lo remarca el testimonio de esta activista norteamericana:

La voz de la mujer: "El embarazo (embaressment) asociado a decirle a la gente que has sufrido un abuso, o como en mi caso, que has estado en una relación abusiva, se vuelve peor por las respuestas que recibes de la gente. Más que simpatizar, mucha gente estuvo como decepcionada

conmigo. Muchas veces me dijeron que estaban 'sorprendidos' de que me 'hubiera metido en esa mierda' porque lejos de ser una 'mujer débil' era una mujer 'fuerte' y 'política'" (Nopoper, 2005).

De alguna manera seguimos sintiéndonos culpables o inferiores por estar soportando una situación de este tipo y nos da mucha vergüenza el admitirlo, aparte del miedo a hacerlo. A nuestro entender esta característica se debe a una mala comprensión, que queremos denunciar aquí, de lo que es el feminismo. El ser feministas, o el ser una mujer activista no implica, afortunadamente, el no necesitar apoyo de nuestras amigas y amigos, ni ser completamente autónoma ni el tener que resolver cualquier problema personal sólo individualmente. Más aún, desafortunadamente, todas reproducimos formas de dependencia heteropatriarcal y algunas veces nos comportamos de modo sexista. Reconocer limitaciones y contradicciones, compartir nuestros malestares en el diálogo con unas y otros, pedir ayuda, consejos, soporte, son todas prácticas feministas que nos pueden ayudar a crecer tanto a nivel individual como de manera colectiva. Romper la imagen de mujer fuerte y dura pase lo que pase, vivimos en nuestras múltiples facetas performándonos de manera diferencial según las ocasiones y los momentos son prácticas de subversión y desarticulación del heteropatriarcado que nos quiere construir como subjetividades individualizadas.

Obviamente romper las barreras de la soledad (que pueden existir aunque tengamos muchas amigas) y de lo privado no es una tarea fácil y, por supuesto, no es una tarea que incumba, exclusivamente a las que están en situaciones de abuso sino que debería ser un trabajo político y colectivo que nos implique a todas y todos para dejar de ser, como decían las compañeras de Roma (cita más arriba), cómplices con nuestro silencio o ceguera.

Las barreras como hemos ido señalando son múltiples, e insistimos, toman especial fuerza al seguirse considerando el maltrato como expresión de relaciones privadas. Así, delante de sus manifestaciones nos encontramos frecuentemente con una extrema indecisión e incertidumbre sobre las posibles acciones a realizar y tendemos a asignar a la mujer la responsabilidad última de la respuesta a esta situación como muestra este extracto de entrevista con Paloma (Chile):

P: [...] yo quedé impactada con la actitud de un compañero que se llena la boca con lo de la igualdad social y el respeto mutuo y

anoche fuimos a comer pizza y su esposa [...] pidió pizza y [...] no eran las que él quería [...] y le dijo 'pero como se te ocurre pedir esta huevada mala' y no comió y nos echó a perder la tarde porque él quería una pizza y la trató como un déspota.

B: ¿Nadie dijo nada?

P: no, o sea algunos de nosotros como le dijimos ya... ... [...]pero no fue algo 'oye corta el juego'. Es que también ella debería haberle parado los carros pero se quedó callada y estuvo a punto de llorar entonces, como súper resignada...

A pesar de algunas interesantes campañas, generalmente llevadas a cabo o por lo menos iniciadas por colectivos feministas en respuesta a situaciones concretas, el maltrato, y en concreto el que se desarrolla dentro de los espacios de movimiento, no ha sido todavía objeto explícito de **debate político** profundo en los movimientos sociales. Esto nos lleva a situaciones de enorme fragilidad e incertidumbre que se constituyen en dificultades para reconocer y actuar. Como hemos podido constatar a través de conversaciones privadas, en diferentes ocasiones en que colectivos de feministas autónomos han iniciado campañas de respuesta ante agresiones críticas que han sido tremendamente dolorosas. La falta de debate sobre el tema, las pocas campañas realizadas, el fuerte obstruccionismo al que se han visto por lo general sometidas, y el tener que inventar maneras de actuar que sean incisivas pero que no despierten rupturas en el movimiento no ha permitido desarrollar líneas de intervención. Esto, a parte de requerir muchas energías, convierte a veces a las campañas en poco efectivas. Por ejemplo en Catalunya hace unos años, una mujer explicó la situación abusiva en la que estaba viviendo y no hubo capacidad de arroparla suficientemente ni de protegerla de la situación. Finalmente esta activista no tuvo más remedio que denunciar al maltratador al sistema judicial y siendo entonces acusada de 'traidora'. Nos preguntamos ¿Cómo se pueden juzgar las actuaciones de las personas por pedir ayuda externa, si no somos capaces de asumir colectivamente la responsabilidad en la solución de la problemática?

Algunas reflexiones conclusivas

¿Cuál es la finalidad de este escrito? Simplemente un monito, un monito a mirar hacia nosotras y hacia nuestras compañeras para que

se aniquilen las dinámicas de los malos tratos y juntas podamos arrinconar a quienes se creen con derecho a realizarlos.

Lo que esperamos es que genere polémica, que se considere el maltrato como una **cuestión política** sobre la que nos debemos posicionar y frente a la que debemos actuar. Quisiéramos que las activistas que pasan por esta experiencia no se sientan solas, ni poco feministas por lo que les está pasando sino descubran que es algo que ocurre más de lo que se dice y que la solución **debe ser colectiva**. Por ello hay que encontrar fuerzas para hablar, compartir la experiencia de maltrato con una amiga es un primer paso para salir de ella. Por otra parte esperemos que cuando una mujer lance señales de lo que le está ocurriendo las personas que están a su lado intenten percibirlas y a partir de ello le puedan ofrecer el soporte necesario, sin que se desaten respuestas de rechazo, de juicio y ataque sino que haya escucha y acogida.

Aunque nos parezca exagerada la expresión 'cada hombre es un maltratador en potencia'; es importante reivindicar cómo el imaginario del maltratador con que iniciábamos este escrito nos desvía de la posibilidad de reconocer el abuso en todas sus formas y expresiones. Esperamos además que se entienda que aunque 'reconocidos activistas' puedan ser maltratadores, físicos o psíquicos; en realidad quién maltrata no es y no puede ser un compañero.

Ser capaces de ver más allá de la imagen, de lo aparente y desarticular los imaginarios de género así como los que circulan alrededor de las 'identidades militantes' es, a nuestro entender, una necesaria práctica contra las violencias de género.

Referencias:

- AA.VV. (2001) *Informe Iceberg (Pínel)* En <http://www.arrakis.es/%7Eajmm/>
<http://www.adiospapa.org/ice/iceberg.htm>
- Alldred, P (2002) 'Thinking globally, actino locally: women activists' accounts', *Feminist review* 70: 149-163
- Anónima (2004) "Amor y Respeto, sino qué?" *Mujeres Preocupando*, 4 (Valencia): 46-48.
- Apfelbaum, E. (1989): "Relaciones de dominación y movimientos de liberación. Un análisis del poder entre los grupos" En J.F. Morales y C. Huici (eds.): *Lecturas de Psicología Social*. Madrid, UNED, p.261-297.
- Asamblea delle compagne feministe di Roma (2000) *La cultura dello stupro é viva e lotta insieme a noi* En <http://www.tmcrow.org/sessimo/assfermmroma.html>
- Biglia B. (2003), "Modificando dinámicas generalizadas. Estrategias propuestas por activistas de Movimientos Sociales mixtos. En *Atenea Digital* 4. <http://antalya.uab.es/athenea/num4/biglia.pdf>
- Biglia B. (2006) *Narrativas de mujeres sobre las relaciones de género en los movimientos sociales*. Tesis doctoral.
- Brah A, (2004-1992) "Diferencia, diversidad, diferenciación" p. 107-136 En b. hooks, A. Brah et all (2004) *Otras inapropiables, Feminismos desde las fronteras*. Madrid: traficantes de sueños.
- Compagni del centro sociale "Macchia Rossa" Magliana (2001) *Sulla violenza sessuale*. Documento del CSOA Macchia Rossa di Roma <http://www.tmcrow.org/sessimo/macchiarossa.html>
- Escalera Karakola (desde la) (sin fecha) *Espacios ocupados, espacios con cuidado* documento disponible en: http://www.sindominio.net/karakola/agresion_labo.htm
- Nopper T.K. (2005) *Activist Scenes aro no Safe space for Women: on abuser on activist women by activist men*. En www.melbourne.indymedia.org/news/2005/02/87132_comment.php
- PGA (2005) *In case of phisycal or psychological violence* en <http://www.all4all.org/2004/12/1362.shtml>
- Sewell Rev. Sam and Bunny (1999) *Battered Men – The Hidden Side of Domestic Violence. Help for Battered Men* en <http://www.batteredmen.com/batsewel.htm>
- Subbuswamy, K. y Patel, R. (2001). *Cultures of domination: Race and gender in radical movements*. En K. Abramsky (Ed.) *Restructuring and Resistences. Diverses voices of struggle in Western Europe* (pp.541:543) Self-published.
- Watch Tower Bible and Tract Society of Pennsylvania (2001) "Indicadores de riesgo Ayuda para la mujer maltratada" *¿Despertad!* 8 de noviembre de 2001 también en http://www.watchtower.org/languages/espanol/library/g/2001/11/8/article_02.htm

¿POR QUÉ LA AUTODEFENSA FEMINISTA?

Esta sociedad está asentada en la jerarquía sexual que socializa a las mujeres en el miedo, el consentimiento, la obediencia, la adaptación-resignación y en la entrega total a l@s otr@s. La asunción de esta sumisión tiene unos efectos devastadores en la autoestima, que hace que nos culpabilicemos del malestar y la frustración que sentimos en nuestras vidas. Tanto si asumimos estos roles como si intentamos salir de ellos nos sentimos culpables, ahí está la trampa. Este sentimiento provoca actitudes de pasividad-victimismo y bloquea nuestra rabia, necesaria para el cambio. La obediencia a unos roles impuestos aboca al fracaso. Ante esta obediencia que anula nuestra autonomía, que nos aísla e impide defendernos, al tiempo que favorece el mantenimiento del orden social, proponemos:

La AUTODEFENSA FEMINISTA, que es:

La **TOMA DE CONCIENCIA** de cómo el miedo y la sumisión se ha instaurado en nuestras vidas, y a partir de ahí poder recobrar la confianza, la autoestima psíquica y física, la seguridad que tenemos las mujeres, a nivel personal y colectivo, frente a un sistema que ignora y somete la vida a intereses patriarcales y capitalistas. Entendemos la autoestima física como la capacitación y la recuperación de nuestras herramientas corporales, mediante el entrenamiento (puntual o constante), para saber responder ante un ataque cuando éste suponga una amenaza a nuestra integridad física. Esta autoestima nos genera la confianza y la seguridad necesarias para estar tranquilas y poder posicionarnos y decidir con claridad cómo reaccionar ante una situación de la mejor manera, ya que no siempre es necesario el enfrentamiento corporal. Además nos proporciona bienestar psíquico para romper las barreras físicas impuestas.

Una **ACTITUD**: que nos prevenga y nos proteja y posibilite una respuesta frente a la violencia. Reconocer el miedo y situarlo libera la rabia y nos prepara para pasar a la acción. Por eso, reivindicamos la rebeldía como mecanismo de protección y acción ante todo

aquello que nos violenta.

APOYO MUTUO. No podemos delegar ni confiar en que las instituciones (jueces, militares, policía, políticos...) resuelvan la violencia patriarcal pues son ellas quienes la ejercen, la necesitan y legitiman. La autoridad moral y legal culpabiliza a la víctima (violación, acoso, maltrato,...), criminaliza libertades (aborto...) e impide la responsabilidad de nuestras propias vidas. Desde la conciencia personal y colectiva como mujeres en esta sociedad, queremos superar el individualismo y desarrollar el apoyo mutuo como forma de relacionarnos. Porque busquemos fórmulas que nos permitan una resistencia más eficaz, así como la organización creadora e intensa de nuestras realidades.

FEMINISTA, distinguiéndola de autodefensa femenina que se limita a la defensa personal sin afrontar ni cuestionarse las causas de la violencia.

Ante el terrorismo patriarcal: Autodefensa feminista!!

